torbellino de aquel caótico y presuroso vivir: era un tipo incomprensible, estrafalario, de viejo millonario que, aburrido de lo normal, rebuscaba lo extravagante. Los carnavales, coincidiendo con la aurora de nuestra pasión, imprimieron á mi delirio nuevo impulso: al baile de la Gran Opera fuimos, yo disfrazada de Eva, y Edelmiro de fauno barbudo, con el seco cuello al aire y dos dorados cuernecillos sobre la frente: en la batalla de flores de Niza, mi carroza obtuvo el primer premio; un periódico ilustrado publicó mi retrato; preciosa efigie en donde mi cuerpo desnudo se insinuaba tras una nube de gasas.

Terminado el Carnaval, Edelmiro y yo fuimos á Monte-Carlo. Una noche me puse á jugar: una multitud cosmopolita, elegante y viciosa, invadía los salones anegados en luz; los correctos fracs pintaban manchas graves sobre las espaldas desnudas de las mujeres; sobre los cabellos negros ó rubios y las gargantas blanquísimas, los brillantes y las esmeraldas resplandecían; una orquesta de cíngaros llenaba de voluptuosas armonías el espacio. La suerte me favorecía; en menos de media hora gané ocho mil francos. Cerca de mí había un individuo alto, casi albino, á quien mortificaba mi excelente fortuna; á cada momento me miraba y sus ojos refulgían coléricos entre los manojitos de pestañas blancas. Su aire petulante me irritó: jugó cien mil francos á un rey y perdió; tornó á jugar otros mil duros, y volvió á perder; lanzó una interjección soez y nuestras miradas se cruzaron:

—Es usted hermosa—dijo.

—Gracias—repuse secamente.

—Sin embargo, me trae usted la mala suerte.

Me encogí de hombros y le oí murmurar palabras rencorosas en un idioma ininteligible: indudablemente estaba borracho. Cuando, cansada de jugar, me dirigí al jardín, sentí que me cogían de un brazo: era él...

—¿Cuánto?—preguntó.

Le miré duramente, sin responder. El agregó:

—Aun me queda dinero. ¿Cuánto vale usted?...

Sin contestarle saqué un pequeño revólver y disparé dos tiros sobre el indiscreto, procurando no herirle. El estampido de las detonaciones provocó un escándalo indescriptible; fuí presa y conducida á la delegación de donde el duque Wandirweld, más enamorado de mí que nunca, me libertaba un momento después; los periódicos repitieron mi nombre en la sección de ecos mundanos; el eco de aquellos pistoletazos resonó en todo París, conquistándome una reputación; mi prestigio creció como por ensalmo: aquella semana el correo me trajo más de ciecuenta cartas de amor subscritas por personalidades importantes.

Aunque viviendo á mi lado, el duque Wandirweld, ó por indiferencia de su carácter poco celoso, ó por cálculo, no demostraba ignorar el libertinaje de mis costumbres: la fiebre del dinero me dominaba; para ganarlo, ni la distancia, ni el cansancio, ni los peligros me detenían; por mi dormitorio principesco, lo más excelente de la sociedad parisina desfiló convertido, como Júpiter, en lluvia de oro.

Nunca, como entonces, comprendí que, para ser gran cortesana, es necesario mucho talento. La borrachera amorosa depende de la cantidad de ingenio y belleza que la mujer dé á beber en la roja copa de sus labios; como la de alcohol proviene de la dosis de vino trasegada; y por eso la hetera debe estudiar cuidadosamente el carácter del hombre con quien ha de habérselas, para así rendir su voluntad mejor y más pronto: cada amante requiere un trato suigéneris: éste es un crapuloso alegre, otro un concupiscente sentimental, aquél un romántico... y esto nos obliga á mantener nuestras facultades de observación en interminable alerta, batallando porque en los íntimos rasgos, miradas, conversaciones y demás modulaciones ó matices de tantos y variados dúos de amor, nuestra alma flexible no desentone.

Entre los tipos más notables que conocí durante aquella época, citaré al mar-

Narbona penetró en el comedor empuñando un revólver. (Pág. 130)

qués italiano César Llarias, y al aventurero ruso Kupling, que murió como un estafador después de vivir como un nabab. Ambos nombres van unidos á dos historias trágicas.

A Kupling le conocí en Londres: era hombre instruído y agradable, fuerte como un cosaco, sensual y lascivo como un turco. Kupling, que estaba casado cuatro veces, trabó relaciones amorosas en París con una amiga mía, llamada Evangelina; la infeliz, que era rica, se arruinó por él: una mañana amaneció asesinado y horriblemente mutilado en su lecho el banquero Gonnard; el móvil del crimen fué el robo; el presunto autor de tan atroz delito resultó ser Kupling; comprobado el hecho, el polígamo ruso fué condenado á muerte. Antes de ser puesto en capilla, Kupling, deseando popularizar á Evangelina y recompensar así su abnegación y los sacrificios que por él hizo, solicitó pasar con ella la víspera de su ejecución. Con tal propósito me escribió, y el duque Wandirweld, que se desperecía por todo lo raro y era gran amigo del director de Mazás y de otras personalidades del Palacio de Justicia, puso en juego sus poderosas influencias para obtener secretamente el permiso que Kupling solicitaba. Al fin, lo consiguió: Evangelina disfrutó la última noche de su adorado; fué una noche siniestra que los dos amantes, incapaces de todo sentimiento alegre, pasaron llorando. Pero Kupling logró su deseo; su trágica muerte fué para mi pobre amiga una especie de herencia; desde el mismo día de la ejecución, Evangelina comenzó á ser famosa y á cotizar su hermosura á precio muy alto.

Al capricho del marqués César Llarias es también de una fúnebre y llamativa originalidad.

Yo estaba en relaciones con él cuando ocurrió lo que voy á referir. Honorata Preylón, que había envenenado con arsénico á la madre y á los dos hijos de su amante, fué condenada á muerte; el Jurado ratificó la sentencia: Honorata era una histérica bellísima, cuya sensualidad tuvo delirios y refinamientos enfermizos. Llarias, que siempre sintió punzante deseo hacia aquella mujer, quiso poseerla en la capilla, la noche víspera de su muerte.

—Sólo así — decía — lograré lo que ninguno de sus amantes consiguió: la seguridad absoluta, incontestable, de no haber sido nunca engañado.

Desmintiendo todo lo verosímil, Honorata Preylón aceptó con gusto la proposición del marqués italiano. Para facilitar la entrevista hubo influencias y recomendaciones á granel; fué una batalla terrible de intrigas librada en pocas horas. Al cabo César Llarias logró su objeto, si bien gastando en tal empresa cuatro ó cinco mil francos, por lo menos. El duque de Wandirweld y los carceleros que pasaron la noche junto á la puerta de la capilla, decían que aquellas bodas celebradas en los dinteles de la muerte con valor y desenfado inverosímiles, fueron un largo y no interrumpido delirio voluptuoso. A las tres y media de la madrugada, Honorata y César Llarias se despidieron. Ella quería que él presenciase su ejecución; deseaba dilatar aquella impresión hasta el fin, llevando en sus pupilas y en su carne, camino de la eternidad, el recuerdo de su último amante.

—Aunque no podamos hablarnos—decía — tu presencia, reanimándome, me proporcionará gran consuelo.

César Llarias prometió asistir al acto, pero no fué; Honorata le esperó inútilmente, buscándole con ojos ávidos entre la multitud; era muy temprano y el marqués, á quien el deleite desmazaló, se había quedado dormido.

Renuncio al ímprobo trabajo de recomponer escenas que, por los vulgares y uniformemente repetidas, apenas si dejaron una leve huella en mi memoria. Sólo diré que, enamorada y aburrida simultáneamente de aquel presuroso vivir, trabajé mucho, sin otro ahínco que el de ganar dinero para Julio y para mi iglesia. Las heteras, creo haberlo dicho ya en otra ocasión, son como los verdadero artistas, que ponen en todas sus obras, aun en las más pequeñas, la mayor cantidad posible de alma; el buen actor, el escultor, el literato, trabajan siempre cual si de su creación última dependiese el crédito total de su firma: les aflige la idea de disgustar á un espectador inteligente; los más modestos abrigan la convicción secreta de que la posteridad, ¡toda la posteridad!... desfilará ante sus libros... Así las cortesanas procuramos dejar en nuestros amantes impresión agradable y duradera; los hombres se lo dicen todo y los aplausos ó la calumnia amasan prestamente en el laboratorio de las opiniones humanas, el prestigio ó demérito de las mujeres; las noticias corren pronto; cada amigo puede ser un elemento de beneficiosa propaganda ó un motivo de depreciación y aislamiento. Por eso las heteras, que son artistas ya que viven de la belleza y procuran expresarla por modo característico y personal, dando forma al enamorado pensamiento, poesía y románticas preseas al carnal apetito, modulación dulce á la voz, ritmo al movimiento y acordado impulso á la conciencia y á los sentidos, convierten sus dormitorios en escenarios donde trabajan como si un público inmenso las contemplase; y es porque sabemos que los hombres para cuyo regalo y placer nos desnudamos, son el tornavoz que luego lanzará al mundo el eco de nuestras excelencias ó defectos: por esto conviene dejarles contentos á todos y tener para cada cual una frase ó una caricia feliz. Afortunadamente de tantos combates parciales logré salir triunfante; en poco más de un año varios aristócratas se arruinaron por mí ó escaparon de mis cariñosas manos con la hacienda mal herida; mi cuarto de la calle Cambón era una casa de banca donde

diariamente se giraban caricias contra millares de francos, y las acciones que daban opción á mi cuerpo, estaban en alza. Jamás rehusé, por pereza ó cansancio ningún lance ventajoso; llegó momento en que mi nombre nubló la escandalosa celebridad de las aventureras parisinas más en boga; bajo mi dirección mi modista confeccionó é impuso un modelo de pantalones; los don Juanes del *boulevard* citaban familiarmente el lunar que tengo entre los dos emóplatos...

Julio Maldonado, mi madre y el cura don Joaquín, me escribían asiduamente: al primero, de cuya aplicación y buen comportamiento seguía recibiendo por conducto de mis amigas Consuelito Vera y Carmen Arellano, las mejores noticias, le enviaba doscientas pesetas los días primero de cada mes; á don Joaquín pude remitirle á fines de Septiembre y utilizando mi amistad con cierto banquero sevillano, una letra por valor de siete mil francos.

Todas las semanas, Julio me preguntaba:

—¿Cuándo vuelves?

A lo que yo, invariablemente, respondía:

—Espera, espera...

Era mi actividad, el empuje irrefrenable del torbellino, la codicia calenturienta del minero que trabaja por cuenta propia en un filón aurífero. Lanzada en pleno vértigo, mis bravías facultades primitivas cobraron nuevo incremento; nada calmaba mi ambición; la diosa Fortuna hubiese volcado sobre mi regazo el cuerno de todas sus riquezas sin lograr complacerme; pidiendo, mi boca tenía la succión devorante, inagotable, de la muerte. El duque Wandirweld, esquilmado y vencido por otros rivales más ricos, iba retirándose paulatinamente y sólo pasaba junto á mí, de tarde en tarde, como una sombra excéntrica y pálida, rezagada de los viejos días. Mi sed de riquezas multiplicaba mis energías y facultades; ni mis músculos se negaban al ejercicio de la bicicleta ó del baile, ni mi inteligencia á la conversación, ni mi estómago á la orgía; la inercia del movimiento me impedía sentir el cansancio. Los hombres que pagan el amor, quieren verse complacidos en sus menores gustos; yo, sabiéndolo, cumplía con todos: poco importaba que unos amantes me tomasen sacándome de los brazos de otros; yo siempre me hallaba apercibida á la alegría y ninguno de ellos pudo jactarse de haberme visto desmayar. Algunas noches, no obstante, en horas contadas de reposo, pensaba en Julio: yo le daría una carrera, un empleo, acaso una diputación; después viviríamos juntos en un hogar para nosotros solos; quizá llegásemos á casarnos y nuestros hijos serían bautizados en aquella iglesia que ogaño mi devoción estaba levantado.

Rompiendo la larga serie de estas orgías, un poco tristes por el fin interesado que las inspiraba, cometí muchas locuras que proporcionaron esparcimiento ameno á mi carácter novelero é imbécil.

Vaya una entre cien.

Cierta noche, saliendo del teatro Olimpia, reconocí en un individuo que charlaba con otros, á mi antiguo amante Antonio Regenta; mi regocijo fué inmenso; el también se alegró mucho y nos abrazamos delante de los mirones, besándonos apasionamente sobre los labios; luego subimos á mi landó.

—Esta noche—dije—vamos á emborracharnos... si no llevas dinero, es igual yo soy rica.

Mientras el coche nos conducía á un colmado de Montmartre, tuvimos tiempo de referirnos las líneas principales de nuestra historia durante aquellos últimos tiempos: la última temporada de invierno la pasó Antonio jugando en Monte-Carlo; se había casado y tenía dos hijos; su familia residía en Madrid. Yo le examinaba, hallándole un poco avejentado, con las sienes y el bigote sembrados de cabellos blancos, pero siempre guapo, decidor y elegante, con aquella su elegancia suigéneris de tahur de gran mundo.

Cuando terminó la cena, el champagne realizó su deliciosa labor de inconsciencia y heroísmo: todo se me antojaba natural y fácil.

—¡Ahora—exclamé—vente conmigo!

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Vives sola?

—No. Vivo con Luis Sauté.

—¿El banquero?

—Sí; el banquero...

—¿Y si viene de pronto y nos sorprende?

—No vendrá.

—¿Pues?

—Porque ya estará allí.

Antonio Regenta, atónito me miró á los ojos. Yo lancé una carcajada loca.

—No importa—dije,—esa es la gracia; pasar la noche allí aunque él esté...

Antonio quiso disuadirme de mi empeño, pero yo insistí mortificándole en su amor propio, llamándole cobarde, y él, que es hombre de arrestos, decidióse á correr la aventura.

Mi casa de la calle Cambón era un cuarto magnífico con escalerilla de servicio y cinco balcones; la cocina y los cuartos de las criadas estaban muy separados de mis habitaciones. Luis Sauté, mi amante oficial dormía en un espacioso gabinete donde, además de la cama, teníamos un soberbio lavabo de palosanto y dos armarios de luna: en la alcoba, forrada de linoleum, estaba el baño y un ancho diván donde yo, luego de bañarme, solía tenderme á reposar mientras mi doncella me perfumaba los pies.

—Aquí ha de ser—murmuré.

Regenta, que me seguía de puntillas, preguntó:

—¿Y Luis?

—Duerme ahí.

A través de los cortinajes que separaban el gabinete de la alcoba, llegaba á nosotros la respiración tranquila y rítmica del banquero dormido.

—Esto es una locura—balbuceó Regenta.

—No importa—repuse,—mejor...

Penetré sigilosamente en la habitación contigua, reapareciendo después con un revólver. Sauté gozaba fama de ser buen tirador; yo tampoco tiraba mal.

—¿Qué haces loca?—musitó Antonio.

—Vas á verlo.

Me acosté pecho arriba en el diván, dando la cara al gabinete y con el revólver preparado, dispuesta á disparar sobre Sauté si éste, para desgracia de todos, llegaba á sorprendernos. Luego dirigiéndome á Regenta, murmuré:

—Ahora, ven...

Felizmente, el banquero no despertó: el recuerdo, sin embargo, de aquella aventura, aun me hace temblar.

De pronto, aquella existencia delirante terminó. La tarde del once de Diciembre recibí el siguiente telegrama, firmado por Julio:

—«Paco se ha suicidado. Debes venir. Te espero.»

El mismo Sauté me entregó el telegrama intacto; al leerlo las lágrimas inundaron mis ojos; comencé á sollozar; aunque yo no amase al marqués de Lágaro con verdadero amor, debía llorarle: al fin, según todas las probabilidades indicaban, sólo mi ingratitud le llevó á la muerte.

—¿Qué es ello?—preguntó Sauté.

—Que un amante mío se ha suicidado.

—¿Por ti?

—Por mí...

Tras una breve pausa, el banquero repuso galante y flemático:

—Quizá hizo bien; una mujer como tú lo merece todo.

Repentinamente sentí deseos de volver á Madrid; parecíame que cuantas personas yo amaba podían imitar la conducta del desdichado marqués. Inmediatamente con esta resolución con que suelo unir la acción al pensamiento comuniqué á Luis Sauté mi propósito de regresar á España. El era hombre de mundo, curtido en toda suerte de uniones pasajeras, y frío; no obstante, mi brusca resolución le inmutó y quiso protestar; mas como leyese claramente en mis ojos la inquebrantabilidad de mi propósito, renunció á toda discusión, diciendo que podía marcharme cuando quisiere y comprometiéndose á vender los muebles de mi casa y á remitirme su importe. Yo acepté su oferta y le abracé conmovida, agradeciéndole lealmente aquel rasgo de desinteresada amistad.

Ocho días después llegué á Madrid. Julio, que había salido á recibirme á la estación, me refirió cuantos detalles sabía relativos á la muerte del marqués de Lágaro. Al verse abandonado por mí, apoderóse de él una terrible melancolía: encerróse en su casa evitando la molesta solicitud de sus amigos, no volvió á pisar un teatro y continuó emborrachándose, pero sin que nadie le viese, entre las cuatro paredes de su alcoba, como los desgraciados que beben para suicidarse. mis éxitos exacerbaban más y más su dolor; sus criados le oían llorar por las noches...

Yo, recordando las generosidades de Paco Narbona, también le lloré mucho; su vida fué calenturienta, devoradora, como el vivir de las cortesanas; toda su hacienda fué mía: jamás hizo conscientemente nada que pudiera perjudicarme ó disgustarme; el tiro que le mató, popularizando mi nombre, fué para mí su última bondad.

Desde entonces, los caballos de mi landó, mis trajes, mis corsés, mis pantalones... Todo es negro. Muchos me llaman la *Dama Negra*. Este color, amén de orlarme con el recuerdo prestigioso de una leyenda romántica, perfecciona y exalta mi belleza; entre las gasas sombrías de mis camisas, mis senos parecen más blancos; bajo el ala de los grandes sombreros empenachados, sobre mi rostro pálido, los ojos y los labios viven la expresión atrayente, dramática y resignada á la vez, de los dolores inconsolables.

V

Mayo 1.º

Escribiendo estas *Memorias* imagino cumplir una misión moral. «Mañana saldría á escena—dijo Diderot— y me estimaría más grande haciendo llorar al malvado ante la virtud perseguida, que predicando desde un púlpito, con sotana y bonete cuadrado, tonterías religiosas interesantes sólo para los tontos que las creen.»

Estas páginas escritas familiarmente, ingenuamente, con la sencillez heroica de las confesiones que imaginamos han de quedar eternamente calladas ó inéditas, tienen esa tristeza indefinible que en los espíritus fatigados parece renovarse á cada nuevo amanecer. Todo en el mundo muere y cambia: los nombres más preclaros se pierden, la fuerza coercitiva, abandonando las moléculas del granito, permite que los montes enhiestos se pulvericen, en la tumba donde los restos de Espronceda descansaron, sus admiradores sólo hallaban sesenta años más tarde, el hueso frontal del gran poeta, un zapato de charol y un puñado de polvo... ¡Ah! Si las heteras, que vivimos tan cerca del mundo, porque lo apresurado de nuestras emociones nos prohibe gozar vida interior, diésemos en publicar nuestros recuerdos, formaríamos una nutrida biblioteca que abonaría en pro del arrepentimiento y del ascetismo más que la *Imitación de Cristo* y todo el ramillete de obras místicas de su laya, pues nosotras, odiando la vida, sólo podemos enseñar á aborrecerla.

Nunca, mejor que anoche, presenciando desde los balcones de mi cuarto un eclipse de luna, he reconocido la insignificancia atómica de lo humano: la luna lucía en un cielo límpido manchado solamente por un pequeño grupo de nubes plateadas: el eclipse comenzó; la Tierra, avanzando, pintaba sobre el disco pálido de su satélite una panza negra. En esa curva—pensé—está todo: mares, cordilleras, naciones, hombres, inmortalidad: las tumbas de Alejandro y Virgilio, las glorias de Lepanto, cuanto los pueblos fueran y serán cabe en el perímetro de esa sombra; yo misma estoy allí... ¿Y qué vale eso en la inmensidad del espacio?...»

Al salir de París, antes de que el tren comenzase á rodar, fuí á ver la locomotora que había de volverme á España, y á los brazos de Julio en el breve intervalo de una noche. «Máquina—murmuré,—cuídate y procura no descarrilar ni embestir contra ninguna hermana tuya, pues me llevas á mí, que corro hacia mi amor y no quiero morir sin abrazarle...» Y la

máquina, en cuyas entrañas rugen la voluntad y la impaciencia, parecía comprenderme. Regresé á Madrid... ¿Y qué?.. Todo continuaba idéntico á como yo lo conocí: calles, plazas, paseos; las casas que derribaron ó los edificios que los hombres, con su pausado laborar de abejas, levantaron, constituían detalles inapreciables que no turbaban las líneas generales del cuadro; y éste me pareció peor, más triste: únicamente las personas eran distintas: las más se habían perdido; las que quedaban me parecieron diferentes; y es que con los lugares ocurre lo que á los hombres con las mujeres há tiempo poseídas; que las hallan invariablemente inferiores al recuerdo que de ellas conservan; y es porque hay algo intangible, pero excelsamente delicioso, que desaparece con las primeras impresiones, bien porque el tiempo trueca ó desluce los méritos del objeto considerado, ó porque, á espaldas de la conciencia, la imaginación generosa todo lo magnifica y lo encumbra. Los abismos, cuanto más hondos, mejor atraen: por eso el mundo, que es sima, seduce tanto; todo desaparece en ella; sobre su brocal negro, el tiempo teje los cendales grises del olvido.

Releyendo los capítulos primeros de mi historia, sospecho que acaso algún espíritu inexperto podrá tildarlos de incongruentes ó deshilvanados, pues las escenas y los personajes se suceden sin que los actos de muchos de ellos influyan en la aparición ó eclipsamiento de los restantes; pero la culpa, si culpa hay en ésto, no es mía, sino de la vida, donde los individuos van y vienen sin tener, en una inmensa pluralidad de casos, más que un leve y fugitivo contacto de codos.

Todos conocemos la impresión del teatro, lleno al principio de luces y aplausos, más tarde á obscuras, callado y vacío: las luces se apagan, los ruidos cesan, el cansancio empereza á los espectadores; el público se va: así es la vida... Ya lo dije en otra ocasión, queriendo desenvolver este mismo concepto: en los mundos físico y moral, todo es mudable: los flancos lapidarios de las esfinges, el lomo rugoso de las cordilleras, los contornos irresolutos de los mares, ¿qué son más que manifestaciones ó fases de una materia tan inconsciente y voltaria como la espuma de las olas; ni qué mayores títulos de solidez pueden ofrecer ante lo eterno que la hoja caída ó la nube que pasa? Y si esto ocurre á las creaciones seculares del basalto, el mármol ó el granito, ¿qué no les acontecerá á los hombres, inconstantes polichinelas arrancados al árbol de la vida, que cruzan el mundo empujados por el desatado huracán de las pasiones y del ensueño?... La historia es una especie de frase descolorida y ampulosa, como las carnes de esas mujeres rubias blanqueadas por la anemia: en éstas las venas y los músculos desaparecen bajo la grasa: en aquélla, las hazañas de los héroes y de los mártires, las conquistas de un pueblo, el idioma de toda una civilización, se borran bajo el buril igualador del tiempo, achicándose como se empequeñecen los objetos camino del horizonte.

Al llegar á Madrid, sólo hallé cuatro ó cinco antiguos amigos que, al verme, demostraron gran contento; los demás, diríase que huyeron espantados por el suicidio del marqués.

—Indudablemente—pensé—toda aquella generación ha concluído.

Una tarde saludé á un íntimo camarada de Paco Narbona, quien agarrándose á uno de esos ofrecimientos vulgares que la urbanidad y la costumbre nos imponen, fué á visitarme al día siguiente. Era un individuo que alargaba la cabeza para caminar, descubriendo su cansancio en aquella desmayada manera de llevar los hombros. Más tarde, aun ignoro por qué, tornó á molestarme varias veces: siempre iba á la misma hora, asomando su cara triste por encima del cuello, un poco sucio, de su gabán abrochado. Bajo aquel gabán azul me parecía adivinar un cuchillo, la miseria, la delación, algo malo, en suma; sus viejas botas, al andar, jamás hicieron ruido. Consignando este último detalle pienso que el calzado nuevo chilla porque no quiere doblegarse, porque se rebela á mancharse de barro; luego, vencida su protesta, se rinde y enmudece; así son los hombres vividos, como botas viejas, que, domadas por las desgracias y el uso, caminan por el arroyo callando y sin quejarse.

Aquel individuo, cuyo apellido he olvidado, es, con su silueta desdibujada y anónima, un símbolo de la vida en general, y particularmente, de mi propia vida. Mirando hacia atrás veo una multitud de cabezas pálidas; las rizadas cabelleras y los altos corbatines románticos pasaron; los fracs y los ahuecadores de la faldas femeninas también cayeron en desuso: lo pretérito no tiene fuerza: modas, instituciones, músicas, costumbres, todo perece; los hijos, devorando á sus padres, vengan los crímenes de Saturno. Unicamente, dominando tantas mutaciones, aparece el egoísmo, ocupando siempre la cabecera del festín humano. Por eso escribo estas confesiones con desencanto y hastío profundos, segura de que el ropaje con que vayan vestidas poco ó ningún valimiento han de añadir al mérito de la esencia. «No hay que agradar á los tártaros—decía Daudet,—sino á los atenienses. Yo presumo que los atenienses, que depuraron sus gustos viviendo la vida, sabrán comprenderme.»

La tarde del día veinticuatro de Diciembre, Julio fué á verme después de almorzar; parecía mey abatido; yo le pregunté cuál era la razón de su disgusto.

—Es—repuso—que mi madre, á quien no veía desde muchos meses atrás, me ha invitado á cenar y no he sabido eludir el compromiso ¿Qué hago?... Mi gusto sería cenar contigo...

Reflexioné un momento, pensando enternecida en mi madre, á quien escribí dos días antes. También la madre de Julio, aunque liviana, querría á su hijo.

—Cena con ella—repuse;—es tu deber.

Me molestaba hallarme separada de Julio durante esa velada que trae á nuestra memoria tantas añoranzas, y porque una larga experiencia me probó que las Nochebuenas de las cortesanas suelen ser muy tristes.

—¿Qué harás esta noche?—preguntó Julio.

—Nada.

—¿Quieres que, ya tarde, á las dos ó dos y media de la madrugada, venga á buscarte?

Vacilé un instante, halagada por aquella proposición; ¿pero cómo distraer las horas que hasta entonces faltaban?... De pronto, cambié de pensamiento: yo necesitaba aturdírme, bebiendo ó hablando con alguien. Cualquiera de los amigos que diariamente me visitaban, podían servirme para el caso.

—No vengas—repuse.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer; cenaré con el baroncito del Copo.

Con la brusquedad y concisión de mi respuesta me pareció haber lastimado á Julio, y añadí suavizando la voz y dándole palmaditas en las mejillas:

—Ese barón es un títere antipático... pero, ¿qué remedio?... Ya me he comprometido...

Como siempre, Julio bajó la cabeza, absteniéndose de discutir mi voluntad.

Yo habitaba en aquella época un pisito entresuelo de la calle de Lope de Vega. El gabinete era una habitación moderna, con muebles frívolos y elegantes: formaban el mobiliario dos armarios de luna colocados simétricamente á ambos lados de la chimenea; jugueteros con entrepaños de cristal cargados de figulinas y sutiles chucherías perfectamente inútiles, confidentes de laca con asientos sedeños de brillantes colores y finamente bordados; butaquitas de felpa roja, mollares y emperezadoras como colchones de plumas: la alfombra y los cortinajes ahogaban los ruidos; adornaban las paredes cuadros y retratos empalidecidos por la penumbra; las notas vibrantes de la alegría y los apesarados arpegios del recuerdo, dormían en las entrañas de un piano cerrado: al fondo, en la alcoba, bajo un pabellón negro, estaba el lecho, altar augusto donde se muere y se bebe el deleite y se llama á la vida...

Momentos después de haberse marchado Maldonado y desmitiendo cuanto yo tenía previsto, llegó el baroncito del

Copo: le recibí amablemente, con una afabilidad á la que el pobre hombre no estaba acostumbrado.

—¿Cómo tan temprano?—pregunté.

—He salido—repuso—con el exclusivo propósito de verte.

—Gracias ¿Qué sucede? ¿Quieres quedarte á cenar conmigo?

Hizo un mohín significativo de disgusto; él no esperaba tanto, sólo deseaba pasar en mi compañía un rato agradable.

—Esta noche—añadió—por ser Nochebuena, ceno con mi padre. ¡Qué diablo!... Mis hermanas, mis primos, todas y todos... me rodearon suplicándome; tuve que ceder...

La noticia me contrarió, mas no intenté apartar al barón de su resolución, considerando que aun era temprano y que aquella visita no sería la última de la tarde.

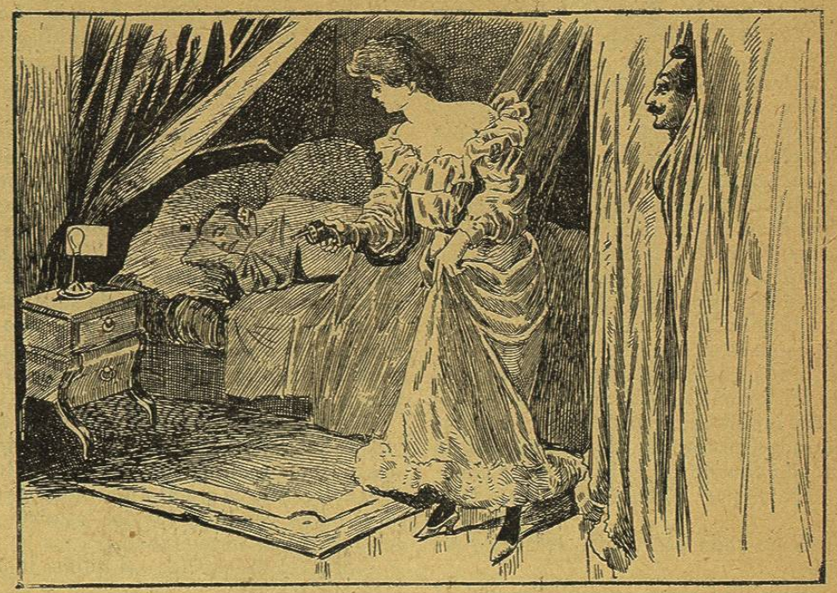
—Bien—dije despidiendo al barón,—ve con tu familia; celebraré mucho que te aburras...

Fuese amohinado, prometiendo volver al día siguiente. Después de cenar me acerqué al balcón, limpiando con una toalla el vaho que empañaba los cristales: la nieve caía en gruesos y apretados copos; la calle y los edificios, vestidos de blanco, dibujaron sobre el cielo negro sorprendente paisaje; los coches rodaban sin ruido; un murmullo lejano de tambores, panderetas y zambombas, llenaba el espacio. Al principio pensé ir al teatro ó á visitar á Carmen Arellano; pero pronto cambié de opinión: ya era tarde, los teatros terminaban temprano, Carmen probablemente, habría salido con algún amigo... Preferí, pues, aguardar y fuí á sentarme delante de la chimenea encendida, distrayéndome en contemplar cómo las llamas atacaban los trozos de leña. Mis reflexiones eran melancólicas; los cabellos, despeinados por las caricias inconscientes de los dedos, caían sobre mi frente; una expresión de apagado contento marchitaba la encendida fresa de los labios; mi cuerpo, apoltronado en un sillón, tenía el imponente y reposado abandono de las viejas estatuas. Sobre la chimenea había un reloj y el grupo escultórico de la eterna virgen huyendo del sátiro insaciable, cuyos dedos se crispaban sobre las lamidas carnes marmóreas de la fugitiva; y eran dos objetos que simbolizaban el tiempo y el deseo: lo inconsistente, lo más triste, lo que pasa...

Permanecí absorta largo rato, el ánimo distraído en la contemplación de personas y parajes remotos. Yo era niña: tal día como aquél, no bien comenzaba á despuntar la aurora, mi madre nos llevaba, á Milagro y á mí, á la iglesia y luego á la plaza del mercado, de donde volvíamos provistas de pescados, frutas, tarros de rica almíbar, turrón y otras vituallas: el resto de la mañana lo empleábamos en preparar las inevitables fuentes de natillas y de arroz con leche, y asistir á la degollación del inocente pavo ó del lucio marranito que al día siguiente serían sacrificados á la contenida voracidad de nuestros comensales. Terminado el almuerzo me veía corriendo por las calles del pueblo con otras chiquillas de mi edad, trepando á los árboles ó encendiendo hogueras en el egido; hogueras enormes que luego saltábamos recogiéndonos las faldillas á la cintura y con grave riesgo de morir abrasadas. Luego evoqué las últimas escenas de aquella jornada tan dulce: la cocina, con su ancha campana bajo la cual nací y envejecieron mis abuelos; y la mesa familiar, presidida por mi padre, alrededor de la que nuestros parientes se agrupaban, mostrando sobre sus servilletas anudadas al cuello, sus rostros á lo Van-Dyck, enrojecidos por la alegría, las conversaciones y el vino... Y pasados aquellos tiempos acudía á mi memoria el tropel de mis Nochebuenas errantes, solitarias, pasadas con gentes que me aburrían....

Interrumpí mi soliloquio para mirar al reloj; ¡eran las nueve y media!... ¿Qué hacer?... Seguí pensando, recordando...

Antes del almuerzo, había salido á pasear un rato en coche: frente al casino vi á Jacinto Valero, que me rogó le llevase á una casa de la calle de Serrano: iba apestando á esencias, elegante, limpísi-



Penetré sigilosamente en la habitación contigua... (Pág. 140)

mi juventud en el extranjero, lo afirmo: sabe usted demasiado para vivir en este pobre país; ciertamente no merecía usted ser española.

Inés nos recibió llorando; los años habían matado en ella el deseo de agradar; sobre su vientre, hinchado por una antigua enfermedad secreta mal curada, se desplomaban los pechos lacios, desjugados y tristes.

—¿Cómo está Isaac?—preguntamos.

—Muy mal... muy mal, probablemente morirá antes de que salga el sol.

Penetramos en la alcoba del moribundo: allí estaba mi antiguo amante el novelista Mariano Cortés, acompañado de otro muchacho muy joven y de una mujer á quien yo no conocía. Hablamos rápidamente y en voz baja, cambiando un disimulado apretón de manos.

—¿Vienes á estudiar literatura, verdad?—le pregunté.—Seguramente no traes otro propósito que el de interpolar la agonía de este desgraciado entre dos cuartillas.

Sonrió ligeramente.

—¿Qué es de tu vida?—dijo.

—Nada ¡psch!... como siempre, ya ves...

—¿Te acuerdas mucho de mí?

Me alcé de hombros.

—No—repuse,—de ti, como de otros, me acuerdo poco, muy poco... pues pasasteis por mi lado demasiado deprisa. ¡Ya lo sabes! Fuisteis para mí como esas estaciones casi anónimas, donde los trenes expresos sólo se detienen un minuto.

Mariano Cortés me miró pensativo y, sin responder, hizo un nudo en su pañuelo. Lancé una carcajada; fué una risa estridente, que obligó al vizconde á volver hacia mí la prudente cabeza.

—Ya suponía—exclamé—que en esta